

EDITORIAL

Invertir en ignorancia

El último trimestre del año previo al 92 transcurre bajo el signo de los desfalcos a la cultura. Mientras se anuncian a bombo y platillo los eventos del próximo año, éste se cerrará con un déficit que debería alarmarnos: parece que sólo preocupa la puesta en marcha de la unión monetaria y la Europa sin fronteras, ignorando problemas de fondo como la cultura y educación de todo un pueblo.

Cultura y deporte se relacionan y de ahí que se preparen programas instructivos en paralelo a las Olimpiadas. También se relacionan cultura y ocio y por eso en Sevilla, durante la celebración de la Expo, habrá universalización lúdico/culta.

No olvidemos que existe también la cultura nuestra de cada día, la que hace que el español interrumpa su jornada de trabajo para tomar café y cumplir así su acto diario de cultura consuetudinaria. Eso no hay quien lo cambie ni quizá exista razón para ello, pero se pueden ampliar perspectivas para que la cultura no quede reducida a una simple digestión.

La cultura institucional, con Ministerio y Ministro correspondientes, rezuma a veces un carácter similar al de etapas anteriores practicando el lema de "a grandes males, grandes remedios". Contra la falta de interés de los españoles por los museos, se instala la colección Thyssen. Si no leen, ni poco ni nada, pues cada organismo o institución edita una lujosa revista/catálogo de actividades y la regala. Invertir en proyectos culturales con los fondos públicos es fácil, se gana imagen, pero tal y como se producen los hechos, es invertir en ignorancia.

¿No sería más práctico que en ciudades y barrios se prodigasen talleres de actividades artísticas, bibliotecas, salas de cine y teatro, escuelas de música donde la actividad fuese continuada y no sólo coincidente con fiestas patronales? Se habla de un futuro excedente de profesores de educación básica: ¿por qué no se piensa en ese capital humano como tutores de cultura en lugar de correctores de exámenes?

Es triste que no se fomente el buen gusto, la capacidad de elección y selección, el acto de creación individual al que se opone una televisión alienante, unas macro exposiciones que nada tienen que ver con el acto gratificante de contemplar arte, sin hablar de las convocatorias para escuchar música en estadios que más parecen establos.

El acto cultural lo es, por costumbre social —como la Romería del Rocío o los sanfermines— o por creación individual, y educar al ciudadano es la mejor tarea que pueden emprender los organismos responsables de las distintas administraciones. Hay competencia entre unos y otros para ver quién programa más y mejor. ¿No sería más rentable que al receptor de cultura organizada, además de la resaca de la fiesta le quedase un poco de sensibilidad y criterio? Parece necesario reconducir los presupuestos; los criterios masivo/multitudinarios no resultan humanamente rentables. El ciudadano es fácil de manejar y si bien no se trata de recuperar al hombre del Renacimiento, sí es importante contar con ciudadanos plenos en educación y cultura.

No queremos pensar en una forma de represión social guiada por la cultura en la que, el individuo, por la comodidad que procura la incultura, sea conscientemente culpable. Al final todo quedaría reducido a una simple anotación a pie de página, sin trascendencia ni perdurabilidad.